

eran muy inferiores á los formados por los españoles, estos «regresaban con las manos llenas de oro y empapadas en sangre al suelo que les vió nacer». Todo lo contrario nos hacen ver los documentos históricos que existen para patentizar los hechos de la manera que pasaron. Las ordenanzas de Hernan Cortés, dadas en 1524, exigían de todos los que tenían repartimientos, para obligarles á residir y permanecer en el país, «que todas las personas que tuviesen repartimientos, que fuesen casados en Castilla ó en otras partes, llevasen á sus mujeres, so pena de perder aquellòs»; mandando, con el mismo objeto, que los que se hallasen aun sin casar, contrajesen matrimonio, «por ser conveniente, así para salud de sus conciencias, como por la poblacion y ennoblecimiento de sus tierras». Todos los primeros españoles que pisaron el suelo del Anáhuac, quedaron en la Nueva España, á excepcion de muy pocos que se vieron precisados á volver á su país á desempeñar alguna comision que se les habia encomendado. El mismo Hernan Cortés, cuyos hijos habian nacido en Méjico, dejó todos sus bienes en el suelo teatro de sus hazañas, y viendo que se acercaba la muerte cuando se disponia á volver á él, ordenó que se le enterrase en la Nueva España, dando así una prueba inequívoca de su acendrado amor á la patria de sus hijos. Sus soldados, lejos de regresar «con las manos llenas de oro» al suelo patrio en que habian nacido, «todos murieron en la Nueva España,» dice Bernal Diaz, que tambien permaneció en América, «unos en poder de indios, sacrificados á los ídolos, sirviéndoles de sepulcro el vientre de aquellos, que les comieron las piernas y muslos, brazos y molledos,

piés y manos, y los otros de muerte natural» (1). Luego, hablando de él y de algunos que aun vivian no menos pobres que los que ya habian muerto, añade: «Todos los que he recontado y ahora somos vivos de los de Cortés, hay cinco, y estamos muy viejos y dolientes de enfermedades, y muy pobres y cargados de hijos, é hijas para casar y nietos, y con poca renta, y así pasamos nuestras vidas con trabajos y miseria». Por lo que hace á los que en lo sucesivo pasaron á la América, las poblaciones en que se avecindaron están atestiguando, en varios establecimientos levantados por ellos para el bien público, como el espacioso y sólido colegio llamado de «las Vizcainas», en Méjico, debido á la filantropía de algunos particulares vizcainos residentes en aquel país, el tierno afecto que consagraban al suelo en que vivian. Aquellos españoles, lo mismo que los que actualmente residen en Méjico, amaban aquel hermoso suelo con verdadera sinceridad, como es digno de ser amado por su excelente clima, sus fértiles campiñas, y por la finura, atencion y deferencia de sus ilustrados hijos hácia los que visitan su país ó se establecen en él. No he conocido, estando en Méjico, un solo español de los radicados en la en un tiempo Nueva España y hoy república mejicana, que no consagre profundo afecto de cariño á la bella region de Anáhuac: pocos son los que no se unen en matrimonio con alguna mejicana, y muy raros los que regresan á España. Habiendo salido desde muy jóvenes de su país, toman cariño al suelo en que sienten abrirse su corazón á las prime-

(1) Bernal Diaz del Castillo: *Historia de la conquista*, tomo III, cap. CCX, página 383.

ras sensaciones del amor; forman lazos estrechos de amistad con los hijos de la nacion que miran como su segunda patria; asisten juntos á las tertulias, á los conciertos familiares, á los bailes, á los teatros, á los dias de campo, á todas las reuniones de sociedad; se establecen; forman familia; y como el hombre, despues del amor á su patria, nada ama con mas vehemencia que la patria de sus hijos, toma interés por la prosperidad de ésta y no se aleja de ella si no le obligan á ello circunstancias imperiosas. No he visto en España uno solo de los españoles que hayan venido de Méjico, que no consagre gratos recuerdos de cariño hácia aquel país, ni que no elogie las buenas maneras, la finura y la esmerada educacion de la sociedad mejicana. Por lo que hace á mí, que no tengo mas que motivos de gratitud hácia ella; que no he recibido mas que pruebas de deferencia y de miramiento de sus ilustres hijos, con muchos de los cuales me unen lazos de la mas cordial amistad, que, con el mismo vehemente ardor que deseo la prosperidad de mi patria, España, y la ventura de la pintoresca Bilbao en que rodó mi cuna, anhelo el engrandecimiento y la marcha feliz de Méjico, que considero como mi segunda patria.

Que los ingleses fueron mas fanáticos que los españoles. Otro de los puntos de acusacion lanzado por diversos escritores contra España, ha sido la de presentarla dominada por un fanatismo sin ejemplo. Los que este cargo le han dirigido, ni han tenido presente la época en que se mostraba celosa de sus creencias, como se manifestaban todas las naciones que figuraban en los mismos tiempos, ni han fijado la atencion en hechos muy marcados de la historia de Inglaterra

en que está resaltando el mas pronunciado fanatismo. Un acto de fanatismo, como tengo manifestado en otro tomo de esta obra (1), sirvió de apoyo, en 1649, al Parlamento de los comunes de Inglaterra, para decretar la muerte del desventurado rey Cárlos I. Una fanática mujer del pueblo, exaltada por unas visiones que la secta religiosa á que pertenecía presentaba á su imaginacion como otras tantas revelaciones divinas, se presentó al expresado Parlamento, que la recibió con respeto. Al verse en la presencia de aquella corporacion, dijo «que por revelaciones proféticas que habia recibido del cielo, les hacia saber que todas las disposiciones tomadas por la Cámara de que eran miembros, eran ratificadas y sancionadas por el espíritu de Dios» (2). El Parlamento de los comunes acogió la absurda revelacion de la fanática protestante como si fuese la voz del mismo Dios, «y sirvió para acrecentar su furioso celo y para confirmar á la corporacion en sus sanguinarias determinaciones» (3). Los escoceses dejaron de atacar á Cromwell y destruirle, pues ocupaban una posicion ventajosa que les hubiera dado la victoria, porque ciegos por el fanatismo, acogieron como una verdad revelada las inspiraciones y visiones que los sacerdotes de su religion les dijeron que acababan de tener despues de «luchar noche y dia con el Señor» (4). En esas inspiraciones, segun añadieron los sacerdotes, «les habia revela-

(1) Tomo V, cap. VI, pág. 223.

(2) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*.

(3) *Idem: Id.*

(4) *Idem: Id.*

do el cielo que las tropas heréticas (así llamaban á las de Cromwell) y el general, á quien llamaban Agag, se entregarían á ellos» (1). Dando crédito el general escocés á los delirios de los fanáticos sacerdotes de su secta, dejó sus ventajosas posiciones y bajó á la llanura á dar la batalla á los ingleses. Cromwell, á su vez, «había luchado con el Señor», el cual le prometió el triunfo sobre sus contrarios. En consecuencia anunció á sus fanáticos soldados, «que el Señor le había prometido la destrucción del enemigo, y les mandó cantar acciones de gracias como si ya hubiese alcanzado la victoria» (2). No había una sola secta de las que habían brotado en el protestantismo, que no llevase el fanatismo hasta el grado de creerse inspirados sus individuos por un espíritu divino. La mayor parte de las tropas que defendían el Parlamento en 1644, estaba compuesta de individuos que pertenecían á una secta llamada de *Independientes*. «Jamás», dice el historiador irlandés Goldsmith, «se presentó un ejército mas singular que el que entonces se presentaba á combatir por la causa del Parlamento. Los oficiales desempeñaban las funciones de capellanes, y durante los intervalos de la acción, instruían y exhortaban á sus tropas. Por causa de los piadosos éxtasis y de los santos raptos, había continuamente en el campo de batalla motivos de meditación y reflexión; y así enardeciéndose los oficiales á medida que hablaban, no omitían el atribuir el ardor de que se sentían animados, á una visita interior del espíritu divi-

(1) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*.

(2) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*, cap. XXVIII, pág. 229.

no. Los soldados, poseídos de los mismos sentimientos, empleaban las horas en que no podían combatir, en oraciones, lecturas santas y conferencias espirituales, mezclándose cuando marchaban al combate los himnos y las oraciones jaculatorias con el ruido estrepitoso de las trompetas» (1). No manifestaron menos fanatismo los sacerdotes que hallándose gravemente enfermo Cromwell en 1658, le aseguraron que no moriría, porque el Señor les había revelado que su enfermedad nada tenía de mortal. No menos fanático que ellos Cromwell, juzgando infalible lo que los sacerdotes de su secta le acababan de afirmar, decía á los médicos que le asistían: «que no moriría de aquella enfermedad; que estaba seguro de recobrar la salud, porque el cielo había dicho á sus capellanes, que se hallaban en comunicación mas íntima que él con Dios, que sanaría. Sus ministros dieron á Dios las gracias por la completa seguridad que les había dado acerca del restablecimiento del protector» (2). Desde la cautividad del rey Carlos I «hasta el gobierno despótico de Cromwell», dice el historiador inglés, repetidas veces mencionado, «la constitución fué presa de todos los disturbios de las facciones, de los crímenes, de la ignorancia y del fanatismo». Pues bien, este mismo fanatismo acompañó á los colonos ingleses que pasaron á la América del Norte. Habiéndose convenido

Acto de fanatismo en la tropa de los colonos ingleses.

pañó á los colonos ingleses que pasaron á la América del Norte. Habiéndose convenido

(1) Esta relación hecha por el historiador Goldsmith en su *Historia de Inglaterra*, capítulo XXXVI, pág. 221, la puse ya en el tomo V de esta obra, capítulo VI, pág. 225.

(2) Goldsmith: *Historia de Inglaterra*, cap. XXXVIII, pág. 255.

las distintas colonias en reunirse para combatir á los indios que habian hecho algunas correrías sangrientas, y que era el enemigo comun, suministró cada una su contingente de hombres, en proporcion de sus recursos y de su poblacion. La colonia de Conneticut, que era la mas expuesta, reunió inmediatamente su gente de guerra: las tropas de Massachusetts, que era el cuerpo mas respetable, se dispusieron tambien sin tardanza; pero un sentimiento de fanatismo retardó su marcha. Cuando los soldados se hallaban reunidos y próximos á partir para unirse á la fuerza de Conneticut, se supo que algunos de los que se hallaban en las filas eran antinomianos, esto es, que creian en la fé sin las obras, «y se juzgó que Dios no bendeciria sus armas ni coronaria su expedicion con un buen resultado, mientras no se purgase el ejército de estos hombres profanos. La inquietud fué general, y se tomaron las medidas necesarias para conocer y entresacar los impuros» (1).

Que los españoles fueron menos fanáticos que los ingleses. Nunca ninguno de los cuerpos que formaron el Consejo de los monarcas españoles, obró dirigiéndose por las revelaciones de una persona ilusa que asegurase haber sido inspirada por el espíritu de Dios, como obró el Parlamento de los comunes de Inglaterra, ni se dió el caso de que el fanatismo de ningun español llegase al grado de creerse inspirado para dirigirse á los gobernantes con la pretension de que se guiasen por instrucciones que habia recibido de la Providencia. Jamás general ninguno español hubiera desa-

(1) Robertson: *Historia de la América*, tomo IV, pág. 313.

provechado las circunstancias favorables de alcanzar la victoria, solo porque los ministros del altar le hubieran asegurado que habiendo *luchado noche y dia con el Señor*, les *habia revelado el cielo que las tropas contrarias se entregarían*, como hizo el general escocés para ser derrotado en la llanura, ni se llegó á ver que hubiese tampoco ninguno que llevase su fanatismo hasta el grado de asegurar á sus soldados, como hizo Cromwell, que *habia luchado con el Señor* y le habia prometido el triunfo. El fanatismo de los españoles estuvo muy lejos de caer en esos absurdos y delirios que eran comunes á las sectas establecidas en Inglaterra. Mas de un siglo antes, Bernal Diaz del Castillo, no obstante ser un ferviente católico, se burlaba principalmente del cronista Gomara, porque habia asentado al referir la batalla que tuvo Hernan Cortés contra los caciques de Tabasco, que habian luchado del lado de los españoles, los apóstoles San Pedro y Santiago. «Pudiera ser», exclama con profunda malicia el veterano soldado, «que los que dice el Gomara fueron los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, y yo, como pecador, no fuese digno de verles; lo que yo entonces ví y conocí fué á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venia juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía habia sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia

cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Victoria, ó de San Pedro de la Victoria, como se nombra Santa María de la Victoria; y si fuera así como lo dice el Gomara, hasta malos cristianos fuéramos, enviándonos nuestro señor Dios sus santos apóstoles, no reconocer la gran merced que nos hacia, y reverenciar cada dia aquella iglesia; y pluguiera á Dios que así fuera como el cronista dice, y hasta que leí su crónica, nunca entre conquistadores que allí se hallaron tal se oyó» (1). Por lo que hace á los misioneros españoles que pasaron á la América, hombres llenos de caridad, de mansedumbre y de modestia, nunca apelaron á transportes y revelaciones hechas por el Señor. Eran, como tengo manifestado en otra parte de esta obra, demasiado humildes y virtuosos para juzgarse dignos de ese favor. Todo lo contrario; no ocultaban á sus neófitos que eran pecadores como los demás hombres, y se consideraban indignos ministros de Dios. Jamás se presentaron ante los vireyes ni las Audiencias á manifestar que habian recibido instrucciones directas del Hacedor supremo, para que el Gobierno obrase de acuerdo con la revelacion, ni pretendieron nada que no estuviese de acuerdo con la modestia y el orden natural.

Lo que hicieron los misioneros españoles en Nueva España y lo que ejecutaron los misioneros ingleses en sus posesiones de América respecto de los indios. No obstante el celo evangélico que los misioneros españoles desplegaron en beneficio de los indios y de los positivos bienes que en estos derramaron siendo sus defensores, sus maestros y sus verdaderos amigos, no han faltado escritores mas satíricos que pensadores, mas preocupados que filósofos, que no

(1) *Historia de la conquista*, tomo I, capítulo XXXIV, pág. 142.

han titubeado en presentarles como poco merecedores al aprecio público. Desconociendo, sin duda, los trabajos recomendables á que se entregaron, á la vez que les niegan mérito alguno en el desempeño de sus obligaciones, se esfuerzan en pintar á los misioneros ingleses que pasaron á la América del Norte, entregados á la predicacion y á labrar el bienestar social. Yo respeto todas las creencias religiosas, como deseo que se respeten las mias, y nunca ocuparé mi pluma en negar á los ministros de la religion, cualquiera que esta sea, el noble deseo de moralizar y de ser útiles á los pueblos. Haciendo, pues, completa abstraccion de toda idea religiosa, y examinando únicamente los hechos en el terreno de la historia, veo en las páginas brillantes que ésta presenta á los ojos del que se detiene á leer sus elocuentes caracteres, que, al menos en la parte que se relaciona con la raza india, los misioneros españoles ocupan el lugar preferente, así por sus virtudes como por su completa dedicacion al bienestar y enseñanza de los indios. El respetable historiador Prescott, que en todos sus escritos rinde culto á la verdad y la justicia, no ha vacilado un solo instante en presentarles como modelos de perfeccion y de caridad. Eran», dice, «hombres de inmaculada pureza de costumbres, nutridos con la ciencia del claustro; y semejantes á otros muchos que la Iglesia romana ha enviado á iguales misiones apostólicas, estimaban en poco todos los sacrificios personales, hechos por la sagrada causa que habian abrazado» (1). «Los indios tenían justo motivo», dice un histo-

(1) *Historia de la conquista de Méjico*.

riador mejicano, «para tenerles por séres sobrehumanos, que mas bien pertenecian al cielo que á la tierra, destinados por la Providencia á aliviar los males»; (1) y el elocuente escritor, mejicano tambien, Don Víctor José Martínez, en su apreciable obra *Sinopsis histórica filosófica y política de las revoluciones mejicanas*, asienta «que los misioneros católicos usaron al efecto no solo de las brillantes armas de la oratoria sagrada, sino de la irresistible elocuencia del ejemplo de abnegacion y caridad, de que se registran tantos y tantos hechos en la historia de la época». Igualmente admirador de sus virtudes y filantropía se manifestaba el historiador Robertson, diciendo «que los primeros misioneros de la América eran hombres sencillos, piadosos, que abrazaron desde luego la causa de los indios»; llenos «de celo constante por la defensa y proteccion de la grey encargada á su solicitud», lo cual «les presenta bajo un punto de vista digno de sus funciones, y como ministros de paz para los indios» (2).

Desde el instante que los primeros misioneros españoles, que eran doce, pisaron la tierra del Anáhuac, se entregaron completamente á la enseñanza de los indios y á verter en sus almas las máximas de la moral mas pura (3).

(1) Don Lucas Alaman: *Disertacion sobre la historia de la república mejicana*.

(2) *Historia de la América*, tomo IV, página 87.

(3) Los nombres de esos virtuosos misioneros que se hicieron acreedores á la gratitud pública, fueron Fray Francisco de Soto, Fr. Martín y Fr. José de la Coruña, Fr. Juan Juárez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Rivas, y Fr. Francisco Gimenez, sacerdotes; y los legos Fr. Andrés de Córdoba y Fray

Se dedican á la enseñanza de los indios los misioneros españoles. Repartidos aquellos verdaderos apóstoles del Evangelio, por las ciudades de Texcoco, Tlaxcala, Huexotzingo y Méjico, pronto vieron germinar entre los naturales las semillas del saber, consiguiendo que abandonasen gustosos el culto sangriento al númen de la guerra Huitzilopochtli, por la humanitaria doctrina del Crucificado. Sin mas vestido que el viejo hábito que llevaban puesto, descalzos y pobres, pero ricos en amor al prójimo y de ardiente celo por la propagacion del Evangelio, recorrían los barrios y los pueblos, y pronto se hicieron amar de los caciques y de los indios que veían en ellos desinteresados protectores. Como en toda religion se necesitan templos, los misioneros procuraron levantarlos, no solo para lograr con el nuevo culto desterrar toda idea del sangriento antiguo, sino tambien para que sirviesen de planteles de educacion á la juventud india. Animados de estos dos nobles pensamientos, al lado de cada convento que establecian, levantaban una escuela con ámplios salones, en cada una de las cuales instruían de ochocientos á mil niños. Los indios, llenos de gratitud hácia unos hombres que solo se ocupaban del bien de los pueblos, se presentaban á fabricar esos convento-escuelas, sin querer cobrar nada por su trabajo personal, proporcionando á precios módicos madera, piedra, cal y todo lo necesario á la construccion de esos sólidos templos que los monarcas españoles mandaron que

Juan de Palos. El prelado que iba á la cabeza de ellos era Fr. Martín de Valencia, dechado de virtud, de caridad y de modestia, á la vez que dotado de claro talento y de vasta instruccion.